



Pedro Calderón de la Barca

# **La devoción de la Cruz**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Calderón de la Barca

## La devoción de la Cruz

### PERSONAS

EUSEBIO  
LISARDO  
CURCIO, viejo.  
OCTAVIO  
CELIO  
RICARDO  
ARMINDA  
GIL, gracioso.  
MENGA  
JULIA  
VILLANOS  
ALBERTO  
BANDOLEROS

### Jornada primera

Arboleda inmediata a un camino que conduce a Sena.

MENGA (Dentro). Verá por do va la burra.

GIL ¡Jo, demonio; jo, mohína!

MENGA Ya verás por do camina:

¡arre acá!

GIL ¡El diablo te aburra!

¿No hay quien una cola tenga,

pudiendo tenerla mil?

MENGA Buena hacienda has hecho, Gil.

GIL ¡Buena hacienda has hecho, Menga,

que tú la culpa tuviste!

Que como ibas caballera,

que en el hoyo se metiera

al oído le dijiste

por hacerme regañar.

MENGA Por verme caer a mí  
se lo dijiste, eso sí.

GIL ¿Cómo la hemos de sacar?

MENGA ¿Pues en el lodo la dejas?

GIL No puede mi fuerza sola.

MENGA Yo tiraré de la cola;  
tira tú de las orejas.

GIL Mejor remedio sería  
hacer el que aprovechó  
a un coche que se atascó  
en la corte esotro día.

Este coche, Dios delante,  
que, arrastrado de dos potros,  
parecía entre los otros  
pobre coche vergonzante;  
y por maldición muy cierta  
de sus padres (hado esquivo)  
iba de estribo en estribo,  
ya que no de puerta en puerta;  
en un arroyo atascado,  
con ruegos el caballero,  
con azotes el cochero,  
ya por fuerza, ya por grado,  
ya por gusto, ya por miedo,  
que saliesen procuraban;  
por recio que lo mandaban,  
mi coche quedo que quedo.

Viendo que no importa nada  
cuantos remedios hicieron,  
delante el coche pusieron  
un harnero de cebada.

Los caballos por comer  
de tal manera tiraron,  
que tosieron y arrancaron;  
y, esto podemos hacer.

MENGA ¡Que nunca valen dos cuartos  
tus cuentos!

GIL ¡Menga, yo siento  
ver un animal hambriento  
donde hay animales hartos.

MENGA Voy al camino a mirar  
si pasa de nuestra aldea  
gente, cualquiera que sea,  
por que te venga a ayudar,  
pues te das tan pocas mañas...

GIL Vuelve, Menga, a tu porfía.

MENGA ¡Ay burra del alma mía! (Vase).

GIL ¡Ay burra de mis entrañas!

Tú fuiste la más honrada  
burra de toda la aldea;  
que no ha habido quien te vea  
nunca mal acompañada.

No eres nada callejera;  
de mejor gana te estabas  
en tu pesebre que andabas  
cuando te llevaban fuera.

Pues, altanera y liviana,  
bien me atrevo a jurar yo  
que ningún burro la vio  
asomada a la ventana.

Yo sé que no merecía  
su lengua desdicha tal,  
pues jamás por hablar mal  
dijo aquesta boca es mía.

Pues como a ella le sobre  
de lo que comiendo está,  
luego al punto se lo da  
a alguna borrica pobre. (Ruido dentro).

Mas ¿qué ruido es éste? Allí  
de dos caballos se apean  
dos hombres y hacia mí vienen  
después que atados los dejan.

¡Descoloridos y al campo  
de mañana! Cosa es cierta  
que comen barro o están  
opilados. Mas, ¿si fueran  
bandoleros? ¡Aquí es ello!

Pero lo que fuere, sea;  
aquí me escondo, que andan,  
que corren, que salen, que entran.  
(Escóndese. Salen LISARDO y EUSEBIO).

LISARDO No pasemos adelante,  
porque esta estancia encubierta  
y apartada del camino  
es para mi intento buena.  
Sacad, Eusebio, la espada,  
que yo de aquesta manera  
a los hombres como vos  
saco a reñir.

EUSEBIO ¡Aunque tenga  
bastante causa en haber  
llegado al campo, quisiera  
saber lo que a vos os mueve.

Decid, Lisardo, la queja  
que de mí tenéis.

LISARDO ¡Son tantas,  
que falta voz a la lengua,  
razones a la razón,  
al sufrimiento paciencia.  
Quisiera, Eusebio, callarlas,  
y aun olvidarlas quisiera,  
porque cuando se repiten  
hacen de nuevo la ofensa.

¿Conocéis estos papeles?

EUSEBIO Arrojadlos en la tierra;  
yo los alzaré.

LISARDO ¡Tomad.

¿Qué os suspendéis? ¿Qué os altera?

EUSEBIO ¡Mal haya el hombre, mal haya  
mil veces aquel que entrega  
sus secretos a un papel!

Porque es disparada piedra  
que se sabe quién la tira  
y no se sabe a quién llega.

LISARDO ¿Habéislos ya conocido?

EUSEBIO Todos están de mi letra,  
que no la puedo negar.

LISARDO Pues yo soy Lisardo, en Sena  
hijo de Lisardo Curcio.

Bien excusadas grandezas  
de mi padre consumieron  
en breve tiempo la hacienda  
que los suyos le dejaron;  
que no sabe cuánto yerra  
quien por excesivos gastos  
pobres a sus hijos deja.

Pero la necesidad,  
aunque ultraje la nobleza,  
no excusa de obligaciones  
a los que nacen con ellas.

Julia, pues (¡saben los cielos  
cuánto nombrarla me pesa!),  
o no supo conservarlas  
o no llego a conocerlas.

Pero al fin, Julia es mi hermana.

¡Pluguiera a Dios no lo fuera!

Y advertid que no se sirven  
las mujeres de sus prendas  
con amorosos papeles,  
con razones lisonjeras,

con ilícitos recados  
ni con infames terceras.  
No os culpo en el todo a vos,  
que yo confieso que hiciera  
lo mismo a darme una dama  
para servirla licencia.  
Pero cúlpoos en la parte  
de ser mi amigo y en ésta  
con más culpa os comprende  
la culpa que tuvo ella.  
Si mi hermana os agradó  
para mujer (que no era  
posible, ni yo lo creo  
que os atrevierais a verla  
con otro fin, ni aun con éste,  
pues, ¡vive Dios!, que quisiera,  
antes que con vos casada,  
mirarla a mis manos muerta);  
en fin, si vos la elegisteis  
para mujer, justo fuera  
descubrir vuestros deseos  
a mi padre antes que a ella.  
Este era término justo,  
y entonces mi padre viera  
si le estaba bien el darla,  
que pienso que no os la diera;  
porque un caballero pobre,  
cuando en cosas como éstas  
no puede medir iguales  
la calidad y la hacienda,  
por no deslucir su sangre  
con una hija doncella,  
hace sagrado un convento,  
que es delito la pobreza.  
Aqueste a Julia mi hermana  
con tanta prisa la espera,  
que mañana ha de ser monja  
por voluntad o por fuerza.  
Y porque no será bien  
que una religiosa tenga  
prendas de tan loco amor  
y de voluntad tan necia,  
a vuestras manos las vuelvo  
con resolución tan ciega,  
que no sólo he de quitarlas,  
mas también la causa dellas.  
Sacad la espada, y aquí

el uno de los dos muera:  
vos porque no la sirváis,  
o yo porque no lo vea.  
EUSEBIO Tened, Lisardo, la espada,  
y pues yo he tenido flema  
para oír desprecios míos,  
escuchadme la respuesta.  
Y aunque el discurso sea largo  
de mi suceso y parezca  
que estando solos los dos  
es demasiada paciencia,  
pues que ya es fuerza reñir  
y morir el uno es fuerza,  
por si los cielos permiten  
que yo el infelice sea,  
oíd prodigios que admiran  
y maravillas que elevan,  
que no es bien que con mi muerte  
eterno silencio tengan.  
Yo no sé quién fue mi padre;  
pero sé que la primera  
cuna fue el pie de una cruz  
y el primer lecho una piedra.  
Raro fue mi nacimiento,  
según los pastores cuentan,  
que desta suerte me hallaron  
en la falda de esas sierras.  
Tres días dicen que oyeron  
mi llanto y que a la aspereza  
donde estaba no llegaron  
por el temor a las fieras,  
mas ninguna me hizo mal;  
pero ¿quién duda que era  
por respeto de la cruz  
que tenía en mi defensa?  
Hallóme un pastor, que acaso  
buscó una perdida oveja  
en la aspereza del monte,  
y, trayéndome a la aldea  
de Eusebio, que no sin causa  
estaba entonces en ella,  
le contó mi prodigioso  
nacimiento y la clemencia  
del cielo asistió a la suya.  
Mandó, en fin, que me trajeran  
a su casa y como a hijo  
me dio la crianza en ella.

Eusebio soy de la Cruz,  
por su nombre y por aquella  
que fue mi primera guía  
y fue mi guarda primera.  
Tomé por gusto las armas,  
por pasatiempo las letras.  
Murió Eusebio, y yo quedé  
heredero de su hacienda.  
Si fue prodigioso el parto,  
no lo fue menos la estrella  
que enemiga me amenaza  
y piadosa me reserva.  
Tierno infante era en los brazos  
del alma cuando mi fiera  
condición, bárbara en todo,  
dio de sus rigores muestras,  
pues con solas las encías,  
no sin diabólica fuerza,  
partí el pecho de quien tuve  
el dulce alimento; y ella,  
del dolor desesperada  
y de la cólera ciega,  
en un pozo me arrojó,  
sin que ninguno supiera  
de mí. Oyéndome reír,  
bajaron a él, y cuentan  
que estaba sobre las aguas,  
y que con las manos tiernas  
tenía una formada cruz  
y sobre los labios puesta.  
Un día que se abrasaba  
la casa y la llama fiera  
cerraba el paso a la vida  
y a la salida la puerta,  
entre las llamas estuve  
libre, sin que me ofendieran,  
y advertí después, dudando  
que haya en el fuego clemencia,  
que era día de la Cruz.  
Tres lustros contaba apenas  
cuando por el mar fui a Roma  
y en una brava tormenta  
desesperada mi nave  
chocó en una oculta peña;  
en pedazos dividida,  
por los costados abierta,  
abrazado de un madero,



salí venturoso a tierra,  
y este madero tenía  
forma de cruz. Por las sierras  
de esos montes caminaba  
con otro hombre, y en la senda  
que dos caminos partía  
una cruz estaba puesta.  
En tanto que me quedé  
haciendo oración en ella  
se adelantó el compañero,  
y después, dándome prisa  
por alcanzarle, le hallé  
muerto a las manos sangrientas  
de bandoleros. Un día,  
riñendo en una pendencia,  
de una estocada caí,  
sin que hiciese resistencia  
en la tierra, y cuando todos  
pensaron hallarla ajena  
de remedio sólo hallaron  
señal de la punta fiera  
en una cruz que traía  
al cuello, que en mi defensa  
recibió el golpe. Cazando  
una vez por la aspereza  
de este monte, se cubrió  
el cielo de nubes negras,  
y publicando con truenos  
al mundo espantosa guerra,  
lanzas arrojaba en agua,  
balas disparaba en piedras.  
Todos hicieron las hojas  
contra las nubes defensa,  
siendo ya tiendas de campos  
las más ocultas malezas;  
y un rayo, que fue en el viento  
caliginoso cometa,  
volvió en ceniza a los dos  
que de mí estaban más cerca.  
Ciego, turbado y confuso,  
vuelvo a mirar lo que era,  
y hallé a mi lado una cruz,  
que yo pienso que es la misma  
que asistió a mi nacimiento  
y la que yo tengo impresa  
en los pechos, pues los cielos  
me han señalado con ella

para públicos efectos  
de alguna causa secreta.  
Pero aunque no sé quién soy,  
tal espíritu me alienta,  
tal inclinación me anima  
y tal ánimo me fuerza,  
que por mí me da valor  
para que a Julia merezca,  
porque no es más la heredada  
que la adquirida nobleza.  
Este soy, y aunque conozco  
la razón y aunque pudiera  
dar satisfacción bastante  
a vuestro agravio, me ciega  
tanto la pasión de veros  
hablando de esa manera,  
que ni os quiero dar disculpa  
ni os quiero admitir la queja.  
Y pues queréis estorbar  
que yo su marido sea,  
aunque su casa la guarde,  
aunque un convento la tenga,  
de mí no ha de estar segura,  
y la que no ha sido buena  
para mujer lo será  
para amiga; así desea,  
desesperado mi amor  
y ofendida mi paciencia,  
castigar vuestro desprecio  
y satisfacer mi afrenta.  
LISARDO Eusebio, donde el acero  
ha de hablar, calle la lengua.  
(Sacan las espadas, riñen y LISARDO cae en el suelo y  
procura levantarse y torna a  
caer).  
¡Herido estoy!  
EUSEBIO ¿Y no muerto?  
LISARDO No, que en los brazos me queda  
aliento para... ¡Ay de mí,  
faltó a mis plantas la tierra!  
EUSEBIO Y falte a tu voz la vida.  
LISARDO No me permitas que muera  
sin confesión.  
EUSEBIO ¡Muere, infame!  
LISARDO No me mates, por aquella  
cruz en que Cristo murió.  
EUSEBIO Aquesa voz te defienda

de la muerte. Alza del suelo,  
que cuando por ella ruegas  
falta rigor a la ira  
y falta a los brazos fuerza.

Alza del suelo.

LISARDO No puedo,  
porque ya en mi sangre envuelta  
voy despreciando la vida,  
y el alma pienso que espera  
a salir, porque entre tantas  
no sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO Pues fíate de mis brazos  
y anímate, que aquí cerca  
unos penitentes monjes  
viven en oscuras cuevas,  
donde podrás confesarte  
si vivo a sus puertas llegas.

LISARDO Pues yo te doy mi palabra,  
por esa piedad que muestras,  
que si yo merezco verme  
en la divina presencia  
de Dios, pediré que tú  
sin confesarte no mueras.

(Llévale en los brazos y sale GIL de donde estaba  
escondido, y TIRSO, BLAS, MENGA y TORIBIO).

GIL ¿Han visto lo que le debe?

La caridad está buena;  
pero yo se la perdono.

¡Matarlo y llevarlo a cuestras!

TORIBIO ¿Aquí dices que quedaba?

MENGA Aquí se quedó con ella.

TIRSO Mírale allí embelesado.

MENGA Gil, ¿qué mirabas?

GIL ¡Ay, Menga!

TIRSO ¿Qué te ha sucedido?

GIL ¡Ay, Tirso!

TORIBIO ¿Qué viste? Danos respuesta.

GIL ¡Ay, Toribio!

BLAS Di, ¿qué tienes,

Gil, o de qué te lamentas?

GIL ¡Ay, Blas! ¡Ay, amigos míos!

No lo sé más que una bestia.

Matóle y cargó con él;

sin duda a salar lo lleva.

MENGA ¿Quién lo mató?

GIL ¿Qué sé yo?

TIRSO ¿Quién murió?

GIL No sé quién era.

TORIBIO ¿Quién cargó?

GIL ¿Qué sé yo quién?

BLAS ¿Y quién lo llevó?

GIL Quienquiera.

Pero por que lo sepáis,  
venid todos.

TIRSO ¿Dó nos llevas?

GIL No lo sé; pero venid,  
que los dos van aquí cerca. (Vanse todos).

Sala en casa de CURCIO, en Sena.

(Salen ARMINDA y JULIA).

JULIA Déjame, Arminda, llorar  
una libertad perdida,

pues donde acaba la vida,  
también acaba el pesar.

¿Nunca has visto de una fuente

bajar el arroyo manso,

siendo apacible descanso

el valle de su corriente;

y cuando le juzgan falto

de fuerza las flores bellas,

pasa por encima dellas

rompiendo por lo más alto?

Pues mis penas, mis enojos,

la misma experiencia han hecho:

detuviéronse en el pecho

y salieron por los ojos.

Deja que lllore el rigor

de un padre.

ARMINDA Señora, advierte...

JULIA ¿Qué más venturosa suerte

hay que morir de dolor?

Pena que deja vencida

la vida, ser gloria ordena;

que no es muy grande la pena

que no acaba con la vida.

ARMINDA ¿Qué novedad obligó

tu llanto?

JULIA ¡Ay, Arminda mía!

Cuantos papeles tenía

de Eusebio, Lisardo halló

en mi escritorio.

ARMINDA ¿Pues él

supo que estaban allí?

JULIA Como aqueso contra mí

hará mi estrella cruel.

Yo (¡ay de mí!), cuando le vía  
el cuidado con que andaba,  
pensé que lo sospechaba,  
pero no que lo sabía.  
Llegó a mí descolorido,  
y entre apacible y airado,  
me dijo que había jugado,  
Arminda, y que había perdido.  
Que una joya le prestase  
para volverla a jugar;  
por presto que la iba a dar,  
no aguardó a que la sacase.  
Tomó la llave y abrió  
con una cólera inquieta,  
y en la primera gaveta  
con los papeles topó.  
Miróme y volvió a cerrar,  
y sin decir nada ( ¡ay, Dios!),  
buscó a mi padre, y los dos  
(¿quién duda, para tratar  
mi muerte?) gran rato hablaron  
cerrados en su aposento;  
salieron, y hacia el convento  
los dos sus pasos guiaron,  
según Octavio me dijo.  
Y si lo que está tratado  
ya mi padre ha efectuado,  
con justa causa me aflijo;  
porque si de aquesta suerte  
que olvide a Eusebio desea,  
antes que monja me vea,  
yo misma me daré muerte.  
(Sale EUSEBIO).

EUSEBIO (Aparte). Ninguno tan atrevido,  
sino tan desesperado,  
viene a tomar por sagrado  
la casa del ofendido.  
Antes que sepa la muerte  
de Lisardo, Julia bella,  
hablar quisiera con ella,  
porque a mi tirana suerte  
algún remedio consigo  
si, ignorado mi rigor,  
puede obligarla mi amor  
a que se vaya conmigo;  
y cuando llegue a saber  
de Lisardo el hado injusto,

hará de la fuerza gusto  
mirándose en mi poder.

Hermosa Julia.

JULIA ¿Qué es esto?

¿Tú en esta casa?

EUSEBIO El rigor  
de mi desdicha y tu amor  
en tal peligro me ha puesto.

JULIA Pues ¿cómo has entrado aquí  
y emprendes tan loco extremo?

EUSEBIO Como la muerte no temo...

JULIA ¿Qué es lo que intentas así?

EUSEBIO Hoy obligarte deseo,  
Julia, por que agradecida  
des a mi amor nueva vida,  
nueva gloria a mi deseo.

Yo he sabido cuánto ofende  
a tu padre mi cuidado:  
que a su noticia ha llegado  
nuestro amor, y que pretende  
que tú recibas mañana  
el estado que desea,  
para que mi dicha sea,  
como mi esperanza, vana.  
Si ha sido gusto, si ha sido  
amor el que me has mostrado,  
si es verdad que me has amado,  
si es cierto que me has querido,  
vente conmigo; pues ves  
que no tiene resistencia  
de tu padre la obediencia,  
deja tu casa; y después  
que habrá mil remedios piensa;  
pues ya en mi poder, es justo  
que haga de la fuerza gusto,  
y obligación de la ofensa.

Villas tengo en que guardarte,  
gente con que defenderte,  
hacienda para ofrecerte  
y un alma para adorarte.

Si darme vida deseas,  
si es verdadero tu amor,  
atrévete, o el dolor  
hará que mi muerte veas.

JULIA Oye, Eusebio.

ARMINDA Mi señor  
viene, señora.

JULIA ¡Ay de mí!

EUSEBIO ¿Pudiera hallar contra mí  
la fortuna más rigor?

JULIA ¿Podrá salir?

ARMINDA No es posible  
que se vaya; porque ya  
llamando a la puerta está.

JULIA ¡Grave mal!

EUSEBIO ¡Pena terrible!

¿Qué haré?

JULIA Esconderte es forzoso.

EUSEBIO ¿Dónde?

JULIA En aquese aposento.

ARMINDA Presto, que sus pasos siento.

(Escóndese y sale CURCIO, viejo venerable, padre de  
JULIA).

CURCIO Hija, si por el dichoso  
estado que tú codicias,  
y que ya seguro tienes,  
no das a mis parabienes  
la vida y alma en albricias,  
del deseo que he tenido  
no agradeces el cuidado.

Todo queda efectuado  
y todo tan prevenido,  
que sólo falta ponerte  
la más bizarra y hermosa,  
para ser de Cristo esposa:  
¡mira qué dichosa suerte!  
Hoy aventajas a todas  
cuantas saben envidiar,  
pues te verán celebrar  
aquestas divinas bodas.

¿Qué dices?

JULIA (Aparte). ¿Qué puedo hacer?

EUSEBIO (Aparte). Yo me doy la muerte aquí  
si ella le dice que sí.

JULIA (Aparte). No sé cómo responder.

Bien, señor, la autoridad  
de padre, que es preferida,  
imperio tiene en la vida;  
pero no en la libertad.

¿Pues que supiera antes yo  
tu intento, no fuera bien?

¿Y que tú, señor, también  
supieras mi gusto?

CURCIO No;

que sola mi voluntad  
en lo justo o en lo injusto  
has de tener por tu gusto.

JULIA Sólo tiene libertad  
un hijo para escoger  
estado; que el hado impío  
no fuerza el libre albedrío.

Déjame pensar y ver  
despacio eso; y no te espante  
ver que término te pida;  
que el estado de una vida  
no se toma en un instante.

CURCIO Basta, que yo le he mirado,  
y yo por ti he dado el sí.

JULIA Pues si tú vives por mí,  
toma también el estado.

CURCIO ¡Calla, infame! ¡Calla, loca!

Que haré de aquese cabello  
un lazo para tu cuello,  
o sacaré de tu boca

con mis manos la atrevida  
lengua, que de oír me ofendo.

JULIA La libertad te defiendo,  
señor, pero no la vida.

Acaba su curso triste,  
y acabará tu pesar;

que mal te puedo negar  
la vida que tú me diste:

la libertad que me dio  
el cielo es la que te niego.

CURCIO En este punto a creer llevo  
lo que el alma sospechó:

que no fue buena tu madre  
y manchó mi honor alguno;

pues hoy tu error importuno  
ofende el honor de un padre,

a quien el sol no igualó  
en resplandor y belleza,

sangre, honor, lustre y nobleza.

JULIA Eso no he entendido yo;  
por eso no he respondido.

CURCIO Arminda, salte allá fuera.

(Vase ARMINDA).

Y ya que mi pena fiera  
tantos años he tenido  
secreta, de mis enojos  
la ciega pasión me obliga



a que la lengua te diga  
lo que te han dicho los ojos.  
La señoría de Sena,  
por dar a mi sangre fama,  
en su nombre me envió  
a dar la obediencia al papa  
Urbano Tercio. Tu madre,  
que con opinión de santa  
fue en Sena común ejemplo  
de las matronas romanas,  
y aun de las nuestras (no sé  
cómo mi lengua la agravia;  
mas, ¡ay infelice!, tanto  
la satisfacción engaña),  
en Sena quedó, y yo estuve  
en Roma con la embajada  
ocho meses; porque entonces  
por concierto se trataba  
que esta señoría fuese  
del pontífice: Dios haga  
lo que a su estado convenga,  
que aquí importa poco o nada.  
Volví a Sena, y hallé en ella...  
Aquí el aliento me falta,  
aquí la lengua enmudece  
y aquí el ánimo desmaya.  
Hallé (¡ay injusto temor!)  
a tu madre tan preñada,  
que para el infeliz parto  
cumplía las nueve faltas.  
Ya me había prevenido  
por sus mentirosas cartas  
esta desdicha, diciendo  
que, cuando me fui, quedaba  
con sospecha; y yo la tuve  
de mi deshonra tan clara,  
que discurriendo en mi agravio,  
imaginé mi desgracia.  
No digo que verdad sea;  
pero quien nobleza trata,  
no ha de aguardar a creer,  
que el imaginar le basta.  
¿Qué importa que un noble sea  
desdichado (¡oh ley tirana  
de honor!, ¡oh bárbaro fuero  
del mundo!) si la ignorancia  
le disculpa? Mienten, mienten

las leyes; porque no alcanza  
los misterios al efecto  
quien no previene la causa,  
¿Qué ley culpa a un inocente?  
¿Qué opinión a un libre agravia?  
Miente otra vez; que no es  
deshonra, sino desgracia,  
¡Bueno es que en leyes de honor  
le comprenda tanta infamia  
al Mercurio que le roba,  
como al Argos que le aguarda!  
¿Qué deja el mundo, qué deja,  
si así al inocente infama  
de deshonra, para aquel  
que lo sabe y que lo calla?  
Yo entre tantos pensamientos,  
yo entre confusiones tantas,  
ni vi regalo en la mesa,  
ni hice descanso en la cama.  
Tan desabrido conmigo  
estuve, que me trataba  
como ajeno el corazón,  
y como a tirano el alma.  
Y aunque a veces discurría  
en su abono, y aunque hallaba  
verosímil la disculpa,  
pudo en mí tanto la instancia  
del temer que me ofendía,  
que con saber que fue casta,  
tomé de mis pensamientos,  
no de sus culpas, venganza.  
Y por que con más secreto  
fuese, previne una caza  
fingida, porque a un celoso  
sólo lo fingido agrada.  
Al monte fui, y cuando todos  
entretenidos estaban  
en su alegre regocijo,  
con amorosas palabras  
(¡qué bien las dice quien miente!,  
¡qué bien las cree quien ama!),  
llevé a Rosmira, tu madre,  
por una senda apartada  
del camino, y divertida  
llegó a una secreta estancia  
deste monte, a cuyo albergue  
el sol ignora la entrada,

porque se la defendían,  
rústicamente enlazadas,  
por no decir que amorosas,  
árboles, hojas y ramas.  
Aquí, pues, adonde apenas  
huella imprimió mortal planta,  
solos los dos...

(Sale ARMINDA).

ARMINDA Si el valor  
que el noble pecho acompaña,  
señor, y si la experiencia  
que te han dado honrosas canas,  
en la desdicha presente  
no te niega o no te falta,  
examen será el valor  
de tu ánimo.

CURCIO ¿Qué causa  
te obliga a que así interrumpas  
mi razón?

ARMINDA Señor...

CURCIO Acaba;  
que más la duda me ofende.

JULIA ¿Por qué te suspendes? Habla.

ARMINDA No quisiera ser la voz  
de mi pena y tu desgracia.

CURCIO No temas decirla tú,  
pues yo no temo escucharla.

ARMINDA A Lisardo, mi señor...

EUSEBIO Esto sólo me faltaba.

ARMINDA Bañado en su sangre traen,  
en una silla por andas,  
cuatro rústicos pastores,  
muerto (¡ay Dios!) a puñaladas;  
mas ya a tu presencia llega:  
no le veas.

CURCIO ¡Cielos! ¿Tantas  
penas para un desdichado?  
¡Ay de mí!

(Salen los villanos GIL, MENGA, TIRSO, BLAS y TORIBIO  
con LISARDO en una silla, ensangrentado el rostro).

JULIA Pues ¿qué inhumana  
fuerza ensangrentó la ira  
en su pecho? ¿Qué tirana  
mano se bañó en mi sangre,  
contra su inocencia airada?  
¡Ay de mí!

ARMINDA Mira, señora...

BLAS No llegues a verle.

CURCIO Aparta.

TIRSO Detente, señor.

CURCIO Amigos,

no puede sufrirlo el alma.

Dejadme ver ese cadáver frío,

depósito infeliz de heladas venas,

ruina del tiempo, estrago del impío

hado, teatro funesto de mis penas.

¿Qué tirano rigor (¡ay, hijo mío!)

trágico monumento en las arenas

construyó, por que hiciese en quejas vanas

mortaja triste de mis blancas canas?

¡Ay, amigos! Decid: ¿Quién fue homicida

de un hijo en cuya vida yo animaba?

MENGA Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,

oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO Di, amigo, di: ¿Quién me quitó esta vida?

GIL Yo sólo sé que Eusebio se llamaba

cuando con él reñía.

CURCIO ¿Hay más deshonra?

Eusebio me ha quitado vida y honra. (A JULIA).

Disculpa agora tú de sus crüeles

deseos la ambición; di que concibe

casto amor, pues, a falta de papeles,

lascivos gustos con tu sangre escribe.

JULIA Señor...

CURCIO No me respondas como sueles:

a tomar hoy estado te apercibe,

o apercibe también a tu hermosura

con Lisardo temprana sepultura.

Los dos a un tiempo el sentimiento esquivo,

en este día sepultar concierta;

el muerto al mundo, en mi memoria vivo;

tú, viva al mundo, en mi memoria muerta.

Y en tanto que el entierro os apercibo,

por que no huyas cerraré esta puerta.

Queda con él, porque de aquesta suerte,

lecciones al morir te dé su muerte.

(Vanse todos y queda JULIA en medio de LISARDO y

EUSEBIO, que sale por otra puerta).

JULIA Mil veces procuro hablarte,

tirano Eusebio, y mil veces

el alma duda, el aliento

falta y la lengua enmudece.

No sé, no sé cómo pueda

hablar, porque a un tiempo vienen

envueltas iras piadosas  
entre piedades crüeles.  
Quisiera cerrar los ojos  
a aquesta sangre inocente  
que está pidiendo venganza,  
desperdiciando claveles,  
y quisiera hallar disculpa  
en las lágrimas que viertes,  
que al fin heridas y ojos  
son bocas que nunca mienten.  
Y en una mano el amor  
y en otra el rigor presente,  
quisiera a un tiempo, quisiera  
castigarte y defenderte,  
y entre ciegas confusiones  
de pensamientos tan fuertes,  
la clemencia me combate,  
el sentimiento me vence.  
¿Desta suerte solicitas  
obligarme? ¿Desta suerte,  
Eusebio, en vez de finezas  
con crueldades me pretendes?  
Cuando de mi boda el día  
resuelta esperaba, ¡quieres  
que en vez de apacibles bodas,  
tristes exequias celebre!  
Cuando por tu gusto era  
a mi padre inobediente,  
¡lutos funestos me das  
en vez de galas alegres!  
Cuando, arriesgando mi vida,  
hice posible el quererte,  
¡en vez de tálamo (¡ay, cielos!),  
un sepulcro me previenes!  
Y cuando mi mano ofrezco,  
despreciando inconvenientes  
de honor, ¡la tuya bañada  
en mi sangre me la ofreces!  
¿Qué gusto tendré en sus brazos,  
si para llegar a verme  
dando vida a nuestro amor  
voy tropezando en la muerte?  
¿Qué dirá el mundo de mí,  
sabiendo que tengo siempre,  
si no presente el agravio,  
quien lo cometió presente?  
Pues cuando quiera el olvido

sepultarle, sólo el verte  
entre mis brazos será  
memoria con que me acuerde.  
Yo entonces, yo, aunque te adore,  
los amorosos placeres  
trocaré en iras, pidiendo  
venganzas, pues ¿cómo quieres  
que viva sujeta un alma  
a efectos tan diferentes  
que esté esperando el castigo  
y deseando que no llegue?  
Basta, por lo que te quise,  
perdonarte, sin que esperes  
verme en tu vida, ni hablarme.  
Esa ventana, que tiene  
salida al jardín, podrá  
darte paso; por ahí puedes  
escaparte; huye el peligro,  
por que si mi padre viene,  
no te halle aquí. Vete, Eusebio,  
y mira que no te acuerdes  
de mí, que hoy me pierdes tú,  
porque quisiste perderme;  
vete, y vive tan dichoso,  
que tengas felicemente  
bienes, sin que a los pesares  
pagues pensión de los bienes.  
Que yo haré para mi vida  
una celda prisión breve,  
si no sepulcro, pues ya  
mi padre enterrarme quiere.  
Allí lloraré desdichas  
de un hado tan inclemente,  
de una fortuna tan fiera,  
de una inclinación tan fuerte,  
de un planeta tan opuesto,  
de una estrella tan rebelde,  
de un amor tan desdichado,  
de una mano tan aleve,  
que me ha quitado la vida  
y no me ha dado la muerte,  
por que entre tantos pesares  
siempre viva y muera siempre.  
EUSEBIO Si acaso más que tus voces,  
son ya tus manos crüeles  
para tomar la venganza,  
rendido a tus pies me tienes.

Preso me trae mi delito:  
tu amor es la cárcel fuerte,  
las cadenas son mis yerros,  
prisiones el alma teme,  
verdugo es mi pensamiento;  
si son tus ojos los jueces  
y ellos me dan la sentencia,  
por fuerza será de muerte.  
Mas dirá entonces la fama  
en su pregón: «Este muere  
porque quiso», pues que sólo  
es mi delito quererte.  
No pienso darte disculpa,  
no parezca que la tiene  
tan grande error; sólo quiero  
que me mates y te vengues.  
Toma esta daga, y con ella  
rompe un pecho que te ofende,  
saca un alma que te adora  
y tu misma sangre vierte.  
Y si no quieres matarme,  
para que a vengarse llegue  
tu padre, diré que estoy  
en tu aposento.

JULIA ¡Detente!

Y por última razón,  
que he de hablarte eternamente,  
¿has de hacer lo que te digo?

EUSEBIO Yo lo concedo.

JULIA Pues vete  
a donde guardes tu vida.  
Hacienda tienes y gente  
que te podrá defender.

EUSEBIO Mejor será que yo quede  
sin ella, porque si vivo,  
será imposible que deje  
de adorarte, y no has de estar,  
aunque un convento te encierre,  
segura.

JULIA Guárdate tú,  
que yo sabré defenderme.

EUSEBIO ¿Volveré a verte?

JULIA No.

EUSEBIO ¿No hay remedio?

JULIA No lo esperes.

EUSEBIO ¿Que al fin me aborreces ya?

JULIA Haré por aborrecerte.

EUSEBIO ¿Olvidarásme?  
JULIA No sé.  
EUSEBIO ¿Veréte yo?  
JULIA Eternamente.  
EUSEBIO Pues ¿aquel pasado amor...?  
JULIA Pues ¿esta sangre presente...?  
La puerta abren; vete, Eusebio.  
EUSEBIO Iré por obedecerte.  
¡Que no he de volverte a ver!  
JULIA ¡Que no has de volver a verme!  
(Ruido dentro; vanse cada uno por su puerta y llevan el cuerpo).

La devoción de la Cruz  
Pedro Calderón de la Barca

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

La devoción de la Cruz  
Pedro Calderón de la Barca

Jornada segunda

(Ruido de arcabuces; salen RICARDO, CELIO y EUSEBIO, de bandoleros, con arcabuces).  
RICARDO Pasó el plomo violento  
el pecho.  
CELIO Y hace el golpe más sangriento,  
que con su sangre la tragedia imprima  
en tierna flor.  
EUSEBIO Ponle una cruz encima,  
y perdónele Dios.  
RICARDO Las devociones  
nunca faltan del todo a los ladrones. (Vase RICARDO).  
EUSEBIO Y pues mis hados fieros



me traen a capitán de bandoleros,  
llegarán mis delitos  
a ser, como mis penas, infinitos.  
Como si diera muerte  
a Lisardo a traición, de aquesta suerte  
mi patria me persigue,  
por que su furia y mi despecho obligue  
a que guarde una vida,  
siendo de tantas bárbaro homicida.

Mi hacienda me han quitado,  
mis villas confiscado,  
y a tanto rigor llegan,  
que el sustento me niegan;  
y pues le he de buscar desesperado,  
no toque pasajero  
el término del monte si primero  
no rinde hacienda y vida.

(Salen RICARDO y BANDOLEROS con ALBERTO, viejo).

RICARDO Llegando a ver la boca de la herida,  
escucha, capitán, el más extraño  
suceso.

EUSEBIO Ya deseo el desengaño.

RICARDO Hallé el plomo deshecho  
en este libro que tenía en el pecho,  
sin haber penetrado,  
y al caminante sólo desmayado:  
vesle aquí sano y bueno.

EUSEBIO De espanto estoy y admiraciones lleno.

¿Quién eres, venerable  
caduco, a quien los cielos admirable  
han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO Yo soy, ¡oh capitán!, el más dichoso  
de cuantos hombres hay, que he merecido  
ser sacerdote indigno; yo he leído  
en Bolonia sagrada teología  
cuarenta y cuatro años.

Su Santidad me daba  
de Trento el obispado,  
premio de mis estudios; y admirado  
de ver que yo tenía  
cuenta de tantas almas  
y que apenas la daba de la mía,  
los laureles dejé, dejé las palmas,  
y huyendo sus engaños,  
vengo a buscar seguros desengaños  
en estas soledades,  
donde viven desnudas las verdades.

Paso a Roma a que el papa me conceda  
licencia, capitán, para que pueda  
fundar un orden santo de eremitas;  
mas tu saña atrevida  
quita el hijo a mi suerte y a la vida.

EUSEBIO ¿Qué libro es éste, di?

ALBERTO Este es el  
fruto

que rinde a mis estudios el tributo  
de tantos años.

EUSEBIO ¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO El trata del origen verdadero  
de aquel divino y celestial madero  
en que animoso y fuerte,  
muriendo, triunfó Cristo de la muerte.

El libro, al fin, se llama  
«Milagros de la Cruz».

EUSEBIO ¡Qué bien la  
llama

de aquel plomo inclemente,  
más que la cera, se mostró obediente!

¡Pluguiera a Dios, mi mano,  
antes que blanco su papel hiciera  
de aquel golpe tirano,  
entre su fuego ardiera!

Lleva ropa, y dinero,  
y la vida; sólo ese libro quiero.

Y vosotros salidle acompañando  
hasta dejarle libre.

ALBERTO Iré rogando  
al Señor te dé luz para que veas  
el error en que vives.

EUSEBIO Si deseas  
mi bien, pídele a Dios que no permita  
muera sin confesión.

ALBERTO Yo te prometo  
seré ministro en tan piadoso efeto,  
y te doy mi palabra  
(tanto en mi pecho tu clemencia labra)  
que si me llamas en cualquiera parte,  
dejaré mi desierto  
por ir a confesarte:  
un sacerdote soy; mi nombre, Alberto.

EUSEBIO ¿Tal palabra me das?

ALBERTO Y la confieso  
con la mano.

EUSEBIO Otra vez tus plantas beso.

(Vase y sale CHILINDRINA, bandolero).

CHILINDRINA Hasta venir a hablarte,  
el monte atravesé de parte a parte.

EUSEBIO ¿Qué hay, amigo?

CHILINDRINA Dos nuevas  
harto malas.

EUSEBIO A mi temor el sentimiento igualas.

¿Qué son?

CHILINDRINA Es la primera  
(decirla no quisiera)  
que el padre de Lisardo,  
ha dado...

EUSEBIO Acaba, que el efecto aguardo.

CHILINDRINA Comisión de prenderte o de matarte.

EUSEBIO Esotra nueva temo  
más, porque con un confuso extremo  
al corazón parece que camina  
toda el alma, adivina  
de algún futuro daño.

¿Qué ha sucedido?

CHILINDRINA A Julia...

EUSEBIO No me  
engaño  
en prevenir tristezas,  
si para ver mi mal por Julia empiezas.

¿Julia no me dijiste?

Pues eso basta para verme triste.

¡Mal haya amén la rigurosa estrella  
que me obligó a querella!

En fin, Julia..., prosigue.

CHILINDRINA En un  
convento  
seglar está.

EUSEBIO (¡Ya falta el sufrimiento!)

¡Que el cielo me castigue  
con tan grandes venganzas  
de perdidos deseos,  
de muertas esperanzas,  
que de los mismos cielos,  
por quien me deja, vengo a tener celos!

Mas ya tan atrevido,  
que viviendo, matando,  
me sustento robando,  
no puedo ser peor de lo que he sido.  
Despéñese el intento,  
pues ya se ha despeñado el pensamiento.

Llama a Celio y Ricardo. (Aparte). ¡Amando muero!

CHILINDRINA Voy por ellos. (Vase).

EUSEBIO Ve, y diles que aquí  
espero.

Asaltaré el convento que la guarda.  
Ningún grave castigo me acobarda,  
que por verme señor de su hermosura,  
tirano amor me fuerza  
a acometer la fuerza,  
a romper la clausura  
y a violar el sagrado;  
que ya del todo estoy desesperado,  
pues si no me pusiera  
amor en tales puntos,  
solamente lo hiciera  
por cometer tantos delitos juntos.

(Salen GIL y MENGA).

MENGA ¿Mas que topamos con él,  
según mezquina nació?

GIL Menga, ¿yo no voy aquí?

No temas ese crüel  
capitán de buñoleros,  
ni el toparlos te alborote,  
que honda llevo yo y garrote.

MENGA Temo, Gil, sus hechos fieros;  
si no, a Silvia a mirar ponte,  
cuando aquí la acometió;  
que doncella al monte entró  
y dueña salió del monte,  
que no es peligro pequeño.

GIL Conmigo fuera crüel,  
que también entro doncel  
y pudiera salir dueño. (Reparan en EUSEBIO).

MENGA (A EUSEBIO). ¡Ah, señor, que va perdido,  
que anda Eusebio por aquí!

GIL No eche, señor, por ahí.

EUSEBIO (Aparte). Estos no me han conocido,  
y quiero disimular.

GIL ¿Quiere que aquesse ladrón  
le mate?

EUSEBIO (Aparte). Villanos son.

¿Con qué podré yo pagar  
este aviso?

GIL Con huir  
de ese bellaco.

MENGA Si os coge,  
señor, aunque no le enoje  
ni vuestro hacer ni decir,

luego os matará; y creed  
que con poner tras la ofensa  
una cruz encima, piensa  
que os hace mucha merced.

(Salen RICARDO y CELIO).

RICARDO ¿Dónde le dejaste?

CELIO Aquí.

GIL (A EUSEBIO) Es un ladrón; no le esperes.

RICARDO Eusebio, ¿qué es lo que quieres?

GIL ¿Eusebio le llamó?

MENGA Sí.

EUSEBIO Yo soy Eusebio ¿Qué os mueve  
contra mí? ¿No hay que responder?

MENGA Gil, ¿tienes garrote y honda?

GIL Tengo el diablo que te lleve.

CELIO Por los apacibles llanos  
que hace del monte la falda,  
a quien guarda el mar la espalda,  
vi un escuadrón de villanos  
que armado contra ti viene,  
y pienso que se avecina,  
que así Curcio determina  
la venganza que previene.

Mira qué piensas hacer;  
junta tu gente y partamos.

EUSEBIO Mejor es que agora huyamos,  
que esta noche hay más que hacer.

Venid conmigo los dos,  
de quien justamente fío  
la opinión y el honor mío.

RICARDO Muy bien puedes, que por Dios  
que he de morir a tu lado.

EUSEBIO Villanos, vida tenéis  
sólo porque le llevéis  
a mi enemigo un recado.

Decid a Curcio que yo  
con tanta gente atrevida  
sólo definiendo la vida,  
pero que le busco, no.

Y que no tiene ocasión  
de buscarme de esta suerte,  
pues no di a Lisardo muerte  
con engaño o con traición.

Cuerpo a cuerpo le maté,  
sin ventaja conocida,  
y antes de acabar la vida  
en mis brazos le llevé

a donde se confesó,  
digna acción para estimarse;  
mas que si quiere vengarse,  
que he de defenderme yo. (A los bandoleros).

Y agora, por que no vean  
aquéstos por dónde vamos,  
atadlos entre estos ramos;  
paredes sus ojos sean,  
por que no avisen.

RICARDO Aquí  
hay cordel.

CELIO Pues llega presto. (Atanlos).

GIL De San Sebastián me han puesto.

MENGA De San Sebastián a mí.

Mas ate cuanto quisiere,  
señor, como no me mate.

GIL Oye, señor, no me ate,  
y, puto sea yo si huyere.

Jura tú, Menga, también  
este mismo juramento.

CELIO Ya están atados.

EUSEBIO Mi intento  
se va ejecutando bien.

La noche amenaza oscura,  
tendiendo su negro velo.

Julia, aunque te guarde el cielo,  
he de gozar tu hermosura. (Vanse).

GIL ¿Quién habrá que ahora nos vea,

Menga, aunque caro nos cueste,  
que no diga que es aquéste  
Peralvillo de la aldea?

MENGA Vete llegando hacia aquí,

Gil, que yo no puedo andar.

GIL Menga, venme a desatar,  
y te desataré a ti

luego al punto.

MENGA Ven primero  
tú, que estás importuno.

GIL ¿Es decir, que vendrá alguno?

Pondré que falta un arriero  
«Las tres ánades» cantando,  
un caminante pidiendo,  
un estudiante comiendo,  
una santera rezando,  
hoy en aqueste camino,  
lo que a ninguno faltó;  
mas la culpa tengo yo.

(Una voz dentro).

UNA VOZ Hacia esta parte imagino  
que oigo voces; llegad presto.

GIL Señor, en buen hora acuda  
a desatar una duda  
en que ha rato que estoy puesto.

MENGA Si acaso buscáis, señor,  
por el monte algún cordel,  
yo os puedo servir con él.

GIL Este es más gordo y mejor.

MENGA Yo, por ser mujer, espero  
remedio en las ansias mías.

GIL No repare en cortesías;  
desátame a mí primero.

(Salen CURCIO, BLAS, TIRSO y OCTAVIO).

TIRSO Hacia aquesta parte suena  
la voz.

GIL ¡Que te quemas!

TIRSO Gil,  
¿qué es esto?

GIL El diablo es sutil;  
desata, Tirso, y mi pena  
te diré después.

CURCIO ¿Qué es esto?

MENGA Venga en buen hora, señor,  
a castigar a un traidor.

CURCIO ¿Quién desta suerte os ha puesto?

GIL ¿Quién? Eusebio, que, en efeto,  
dice... Pero ¿qué sé yo  
lo que dice? Él nos dejó  
aquí en semejante aprieto.

TIRSO No llores, pues que no ha estado  
hoy muy poco liberal  
contigo.

BLAS No lo ha hecho mal,  
pues a Menga te ha dejado.

GIL ¡Ay, Tirso! No lloro yo  
porque piadoso no fue.

TIRSO Pues ¿por qué lloras?

GIL ¿Por qué?

Porque a Menga me dejó.

La de Antón llevó, y al cabo  
de seis que no parecía,  
halló su mujer un día;  
hicimos un baile bravo  
de hallazgo y gastó cien reales.

BLAS ¿Bartolo, no se casó

con Catalina y parió  
a seis meses no cabales?  
Y andaba con gran placer  
diciendo: «¡Si tú lo vieses!  
Lo que hace otra en nueve meses,  
hace en cinco mi mujer.»  
TIRSO Ello no hay honra segura.  
CURCIO ¡Que esto llegue a escuchar yo  
deste tirano! ¿Quién vio  
tan notable desventura?  
MENGA Cómo destruirle piensa,  
que hasta las mismas mujeres  
tomaremos, si tú quieres,  
las armas para su ofensa.  
GIL Que aquí acude es lo más cierto  
y toda esta procesión  
de cruces que miras son,  
señor, de hombres que ha muerto.  
OCTAVIO Es aquí lo más secreto  
de todo el monte.  
CURCIO (Aparte). Y aquí  
fue, ¡cielos!, donde yo vi  
aquel milagroso efecto  
de inocencia y castidad,  
cuya beldad, atrevido,  
tantas veces he ofendido  
con dudas, siendo verdad  
un milagro tan patente.  
OCTAVIO Señor, ¿qué nueva pasión  
causa tu imaginación?  
CURCIO Rigores que el alma siente  
son, Octavio, mis enojos,  
para publicar mi mengua,  
como los niego a la lengua,  
me van saliendo a los ojos.  
Haz, Octavio, que me deje  
sola esa gente que sigo,  
por que aquí de mí y conmigo  
hoy a los cielos me queje.  
OCTAVIO Ea, soldados, despejad.  
BLAS ¿Qué decís?  
TIRSO ¿Qué pretendéis?  
GIL Despiojad, ¿no lo entendéis?  
que nos vamos a espulgar. (Vanse).  
CURCIO ¿A quién no habrá sucedido,  
tal vez lleno de pesares,  
descansar consigo a solas



por no descubrirse a nadie?  
Yo, a quien tantos pensamientos  
a un tiempo afligen, que hacen  
con lágrimas y suspiros  
competencia al mar y al aire,  
compañero de mí mismo  
en las mudas soledades,  
con la pensión de mis bienes  
quiero divertir mis males.  
Ni las aves ni las fuentes  
sean testigos bastantes,  
que al fin las fuentes murmuran  
y tienen lenguas las aves.  
No quiero más compañía  
de aquestos troncos salvajes,  
que quien escucha y no aprende  
será fuerza que no hable.  
Teatro este monte fue  
del suceso más notable  
que entre prodigios de celos  
cuentan las antigüedades  
de una inocente verdad.  
Pero ¿quién podrá librarse  
de sospechas, en quien son  
mentirosas las verdades?  
Muerte de amor son los celos,  
que no perdonan a nadie,  
ni por humilde le dejan,  
ni le respetan por grave.  
Aquí, pues, donde yo digo,  
Rosmira y yo... De acordarme,  
no es mucho que el alma tiemble,  
no es mucho que la voz falte,  
que no hay flor que no me asombre,  
no hay hoja que no me espante,  
no hay piedra que no me admire,  
tronco que no me acobarde,  
peñasco que no me oprima,  
monte que no me amenace,  
porque todos son testigos  
de una hazaña tan infame.  
Saqué al fin la espada, y ella,  
sin temerme y sin turbarse,  
porque en riesgos de honor nunca  
el inocente es cobarde:  
«Esposo-dijo-, detente;  
no digo que no me mates,

si es tu gusto, porque yo  
¿cómo he de poder negarte  
la misma vida que es tuya?  
Sólo te pido que antes  
me digas por lo que muero,  
y déjame que te abrace.»  
Yo la dije: «En tus entrañas,  
como la víbora, traes  
a quien te ha de dar la muerte.  
Indicio ha sido bastante  
el parto infame que esperas.  
Mas no le verás, que antes,  
dándote muerte, seré  
verdugo tuyo y de un ángel.»  
«Si acaso-me dijo entonces-,  
si acaso, esposo, llegaste  
a creer flaquezas mías,  
justo será que me mates.  
Mas a esta cruz abrazada,  
a ésta que estaba delante  
-prosiguió-, doy por testigo  
de que no supe agraviarte  
ni ofenderte, que ella sola  
será justo que me ampare.»  
Bien quisiera entonces yo,  
arrepentido, arrojarne  
a sus pies, porque se vía  
su inocencia en su semblante.  
El que una traición intenta,  
antes mire lo que hace,  
porque una vez declarado,  
aunque procure enmendarse,  
por decir que tuvo causa,  
lo ha de llevar adelante.  
Yo, pues, no porque dudaba  
ser la disculpa bastante,  
sino porque mi delito  
más amparado quedase,  
el brazo levanté airado,  
tirando por varias partes  
mil heridas, pero sólo  
las ejecuté en el aire.  
Por muerta al pie de la cruz  
quedó, y queriendo escaparme,  
a casa llegué, y halléla  
con más belleza que sale  
el alba cuando en sus brazos

nos presenta el sol infante.  
Ella en sus brazos tenía  
a Julia, divina imagen  
de hermosura y discreción  
(¿qué gloria pudo igualarse  
a la mía?): que su parto  
había sido aquella tarde  
al mismo pie de la cruz,  
y por divinas señales,  
con que al mundo descubría  
Dios un milagro tan grande,  
la niña que había parido,  
dichosa con señas tales,  
tenía en el pecho una cruz  
labrada de fuego y sangre.  
Pero, ¡ay!, que tanta ventura  
templaba el que se quedase  
otra criatura en el monte;  
que ella, entre penas tan graves,  
sintió haber parido dos;  
y yo entonces...

(Sale OCTAVIO).

OCTAVIO Por el valle  
atraviesa un escuadrón  
de bandoleros, y antes  
que cierre la noche triste  
será bien, señor, que bajes  
a buscarlos, no escurezca,  
porque ellos el monte saben  
y nosotros no.

CURCIO Pues junta  
la gente vaya delante,  
que no hay gloria para mí  
hasta llegar a vengarme. (Vanse).

Vista exterior de un convento.

(Salen EUSEBIO, CELIO y RICARDO).

RICARDO Llega con silencio y pon  
a esa parte las escalas.

EUSEBIO Icaro seré sin alas,  
sin fuego seré Faetón.

Escalar el sol intento,  
y si me quiere ayudar  
la luz, tengo de pasar  
más allá del firmamento.

Amor ser tirano enseña;  
en subiendo yo, quitad  
esa escala y esperad

hasta que os haga una seña.  
Quien subiendo se despeña,  
suba hoy y baje ofendido,  
en cenizas convertido,  
que la pena del bajar  
no será parte a quitar  
la gloria de haber subido.

RICARDO ¿Qué esperas?

CELIO Pues ¿qué rigor  
tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO ¿No veis cómo me amenaza  
un vivo fuego?

CELIO Señor,  
fantasmas son del temor.

EUSEBIO ¿Yo temor?

CELIO Sube.

EUSEBIO Ya llego,  
aunque a tantos rayos ciego,  
por las llamas he de entrar,  
que no lo podrá estorbar  
de todo el infierno el fuego. (Sube y entra).

CELIO Ya entró.

RICARDO Alguna fantasía  
de su mismo horror, fundada  
en la idea acreditada,  
o alguna ilusión sería.

CELIO Quita la escala.

RICARDO Hasta el día  
aquí hemos de esperar.

CELIO Atrevimiento fue entrar,  
aunque yo de mejor gana  
me fuera con mi villana;  
mas después habrá lugar. (Vanse).

Convento y celda de JULIA.

(Sale EUSEBIO).

EUSEBIO Por todo el convento he andado,  
sin ser de nadie sentido,  
y por cuanto he discurrido,  
de mi destino guiado,  
a mil celdas he llegado  
de religiosas, que abiertas  
tienen las estrechas puertas,  
y en ninguna a Julia vi.

¿Dónde me lleváis así,  
esperanzas siempre inciertas?

¡Qué horror! ¡Qué silencio mudo!

¡Qué oscuridad tan funesta!

Luz hay aquí; celda es ésta,  
y en ella Julia. ¿Qué dudo? (Corre una cortina).

¿Tan poco el valor ayudo,  
que agora en hablarla tardo?  
¿Qué es lo que espero? ¿Qué aguardo?

Mas con impulso dudoso,  
si me animo temeroso,  
animoso me acobardo.

Más belleza la humildad  
deste traje la asegura,  
que en la mujer la hermosura  
es la misma honestidad.

Su peregrina beldad,  
de mi torpe amor objeto,  
hace en mí mayor efeto;  
que a un tiempo a mi amor incito,  
con la hermosura, apetito;  
con la honestidad, respeto.

¡Julia! ¡Ah Julia!

JULIA ¿Quién me nombra?

Mas, ¡cielos! ¿Qué es lo que veo?

¿Eres sombra del deseo  
o del pensamiento sombra?

EUSEBIO ¿Tanto el mirarme te asombra?

JULIA Pues ¿quién habrá que no intente  
huir de ti?

EUSEBIO Julia, detente.

JULIA ¿Qué quieres, forma fingida,  
de la idea repetida,  
sólo a la vista aparente?

¿Eres, para pena mía,  
voz de la imaginación?

¿Retrato de la ilusión?

¿Cuerpo de la fantasía?

¿Fantasma en la noche fría?

EUSEBIO Julia, escucha; Eusebio soy,  
que vivo a tus pies estoy;  
que si el pensamiento fuera,  
siempre contigo estuviera.

JULIA Desengañándome voy  
con oírte, y considero

que mi recato ofendido  
más te quisiera fingido,

Eusebio, que verdadero.

Donde yo llorando muero,

donde yo vivo penando,

¿qué quieres? ¡Estoy temblando!

¿Qué buscas? ¡Estoy muriendo!  
¿Qué emprendes? ¡Estoy temiendo!  
¿Qué intentas? ¡Estoy dudando!  
¿Cómo has llegado hasta aquí?

EUSEBIO Todo es extremo de amor,  
y mi pena y tu rigor  
hoy han de triunfar de mí.  
Hasta verte aquí sufrí  
con esperanza segura;  
pero viendo tu hermosura  
perdida, he atropellado  
el respeto del sagrado  
y la ley de la clausura.  
De lo cierto o de lo injusto,  
los dos la culpa tenemos,  
y en mí vienen dos extremos,  
que son la fuerza y el gusto.  
No puede darle disgusto  
al cielo mi pretensión:  
antes de esta ejecución  
casada eres en secreto,  
y no cabe en un sujeto  
matrimonio y religión.

JULIA No niego el lazo amoroso  
que hizo con felicidades  
unir a dos voluntades.

Que fue su efecto forzoso,  
que te llamé amado esposo  
y que todo eso fue así  
confieso; pero ya aquí  
con voto de religiosa,  
a Cristo de ser su esposa  
mano y palabra le di.

Ya soy suya. ¿Qué me quieres?  
Vete, por que el mundo asombres,  
donde mates a los hombres,  
donde fuerces las mujeres.

Vete, Eusebio; ya no esperes  
fruto de tu loco amor;  
para que te cause horror,  
que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO Cuanto es mayor tu defensa,  
es mi apetito mayor.

Ya las paredes salté  
del convento, ya te vi;  
no es amor quien vive en mí:  
causa más oculta fue.

Cumple mi gusto, o diré  
que tú misma me has llamado,  
que me has tenido encerrado  
en tu celda muchos días,  
y pues las desdichas mías  
me tienen desesperado,  
daré voces; sepan...

JULIA Tente,

Eusebio, mira... (¡ay de mí!),  
pasos siento por aquí,  
al coro atraviesa gente.

¡Cielos, no sé lo que intente!

Cierra esa celda, y en ella  
estarás, pues atropella  
un temor a otro temor.

EUSEBIO ¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA ¡Qué rigurosa es mi estrella! (Vanse).

Vista exterior del convento.

(Salen RICARDO y CELIO).

RICARDO Ya son las tres; mucho tarda.

CELIO El que goza su ventura,

Ricardo, en la noche oscura,  
nunca el claro sol aguarda.

Yo apuesto a que le parece  
que nunca el sol madrugó  
tanto y que hoy apresuró  
su curso.

RICARDO Siempre amanece  
más temprano a quien desea;  
pero al que goza, más tarde.

CELIO No creas que al sol aguarde  
que en el oriente se vea.

RICARDO Dos horas son ya.

CELIO No creo  
que Eusebio lo diga.

RICARDO Es justo,  
porque al fin son de su gusto  
las horas de su deseo.

CELIO ¿No sabes lo que he llegado  
hoy, Ricardo, a sospechar?  
Que Julia le envió llamar.

RICARDO Pues si no fuera llamado,  
¿quién a escalar se atreviera  
un convento?

CELIO ¿No has sentido,  
Ricardo, a esta parte ruido?

RICARDO Sí.

CELIO Pues llega la escalera.  
(Salen por lo alto JULIA y EUSEBIO).

EUSEBIO Déjame, mujer.

JULIA Pues cuando,  
vencida de tus deseos,  
movida de tus suspiros,  
obligada de tus ruegos,  
de tu llanto agradecida,  
dos veces a Dios ofendo:  
como a Dios y como a esposo,  
¡mis brazos dejas, haciendo  
sin esperanzas desdenes  
y sin posesión desprecios!  
¿Dónde vas?

EUSEBIO Mujer, ¿qué intentas?

Déjame, que voy huyendo  
de tus brazos, porque he visto  
no sé qué deidad en ellos.  
Llamas arrojan tus ojos,  
tus suspiros son de fuego,  
un volcán cada razón,  
un rayo cada cabello,  
cada palabra es mi muerte,  
cada regalo un infierno:  
tantos temores me causa  
la cruz que he visto en tu pecho.  
Señal prodigiosa ha sido,  
y no permitan los cielos  
que, aunque tanto los ofenda,  
pierda a la cruz el respeto.  
Pues si la hago testigo  
de las culpas que cometo,  
¿con qué vergüenza después  
llamarla en mi ayuda puedo?  
Quédate en tu religión,  
Julia; yo no te desprecio,  
que más agora te adoro.

JULIA Escucha, detente, Eusebio.

EUSEBIO Esta es la escala.

JULIA Detente  
o llévame allá.

(Baja EUSEBIO).

EUSEBIO No puedo,  
pues que sin gozar la gloria  
que tanto esperé te dejo.

¡Válgame el cielo! Caí.

RICARDO ¿Qué ha sido?



EUSEBIO ¿No ves la esfera del fuego  
poblada de ardientes rayos?  
¿No miras sangriento el cielo  
que todo sobre mí viene?  
¿Dónde estar seguro puedo,  
si airado el cielo se muestra?  
Divina cruz, yo os prometo  
y os hago solemne voto,  
con cuantas cláusulas puedo,  
de en cualquier parte que os vea,  
las rodillas por el suelo,  
rezar un Ave María. (Vanse, llevándole, y dejan la  
escalera).

JULIA (En la ventana). Turbada y confusa quedo.

¿Aquestas fueron, ingrato,  
las firmezas? ¿Estos fueron  
los extremos de tu amor?  
¿O son de mi amor extremos?  
Hasta vencerme a tu gusto,  
con amenazas, con ruegos,  
aquí amante, allí tirano,  
porfiaste; pero luego  
que de tu gusto y mi pena  
pudiste llamarte dueño,  
antes de vencerme huiste.  
¿Quién, sino tú, venció huyendo?  
¡Muerta soy, cielos piadosos!  
¿Por qué introdujo venenos  
Naturaleza, si había,  
para dar muerte, desprecios?  
Ellos me quitan la vida,  
pues que con nuevo tormento  
lo que me desprecia busco.  
¿Quién vio tan dudoso efecto  
de amor? Cuando me rogaba  
con mil lágrimas Eusebio,  
le dejaba; pero agora,  
porque él me deja, le ruego.  
Tales somos las mujeres,  
que, contra nuestros deseos,  
aun no queremos dar gusto  
con lo mismo que queremos.  
Ninguno nos quiera bien  
si pretende alcanzar premio,  
que queridas despreciamos  
y aborrecidas queremos.  
No siento que no me quiera,

sólo que me deje siento.  
Por aquí cayó; tras él  
me arrojaré. Mas ¿qué es esto?  
¿Esta no es escala? Sí.  
¡Qué terrible pensamiento!  
Detente, imaginación,  
no me despeñes, que creo  
que, si llego a consentir,  
a hacer el delito llego.  
¿No saltó Eusebio por mí  
las paredes del convento?  
¿No me holgué de verle yo  
en tantos peligros puesto  
por mi causa? Pues ¿qué dudo?  
¿Qué me acobardo? ¿Qué temo?  
Lo mismo haré yo en salir  
que él en entrar: si es lo mismo  
también se holgará de verme  
por su causa en tales riesgos.  
Ya, por haber consentido,  
la misma culpa merezco;  
pues si es tan grande el pecado,  
¿por qué el gusto ha de ser menos?  
Si consentí y me dejó  
Dios de su mano, ¿no puedo  
de una culpa que es tan grande  
tener perdón? Pues ¿qué espero? (Baja por la escala).  
Al mundo, al honor, a Dios,  
hallo perdido el respeto,  
cuando a ceguedad tan grande  
vendados los ojos vuelvo.  
Demonio soy que ha caído  
despeñado desde el cielo,  
pues sin tener esperanza  
de subir, no me arrepiento.  
Ya estoy fuera de sagrado  
y de la noche el silencio  
con su oscuridad me tiene  
cubierta de horror y miedo.  
Tan deslumbrada camino,  
que en las tinieblas tropiezo  
y aun no caigo en mi pecado.  
¿Dónde voy? ¿Qué hago? ¿Qué intento?  
Con la muda confusión  
de tantos horrores, temo  
que se me altera la sangre,  
que se me eriza el cabello.

Turbada la fantasía,  
en el aire forman cuerpos  
y sentencias contra mí  
pronuncia la voz del eco.  
El delito, que antes era  
quien me animaba soberbio,  
es quien me acobarda ahora.  
Apenas las plantas puedo  
mover, que el mismo temor  
grillos a mis pies ha puesto.  
Sobre mis hombros parece  
que carga un prolijo peso  
que me oprime y toda yo  
estoy cubierta de hielo.  
No quiero pasar de aquí,  
quiero volverme al convento,  
donde de aqueste pecado  
alcance perdón, pues creo  
de la clemencia divina  
que no hay luces en el cielo,  
que no hay en el mar arenas,  
no hay átomos en el viento,  
que sumados todos juntos  
no sean número pequeño  
de los pecados que sabe  
Dios perdonar. Pasos siento.  
A esta parte me retiro  
en tanto que pasan; luego  
subiré sin que me vean.  
(Salen RICARDO y CELIO).  
RICARDO Con el espanto de Eusebio,  
aquí se quedó la escala,  
y agora por ella vuelvo,  
no aclare el día y la vean  
a esta pared. (Vuélvense a entrar los dos con la  
escala).  
JULIA Ya se fueron;  
agora podré subir  
sin que me sientan. ¿Qué es esto?  
¿No es aquesta la pared  
de la escala? Pero creo  
que hacia esotra parte está.  
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!  
¿Cómo he de subir sin ella?  
Mas ya mi desdicha entiendo:  
desta suerte me negáis  
la entrada vuestra, pues creo

que cuando quiero subir  
arrepentida, no puedo.  
Pues si ya me habéis negado  
vuestra clemencia, mis hechos  
de mujer desesperada  
darán asombros al cielo,  
darán espantos al mundo,  
admiración a los tiempos,  
horror al mismo pecado  
y terror al mismo infierno.

La devoción de la Cruz  
Pedro Calderón de la Barca

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander  
Central Hispano 1999-2000

La devoción de la Cruz  
Pedro Calderón de la Barca

Jornada tercera

Monte.  
(Sale GIL con muchas cruces y una muy grande al pecho).  
GIL Por leña a este monte voy,  
que Menga me lo ha mandado,  
y para ir seguro he hallado  
una brava invención hoy.  
De la cruz dicen que es  
devoto Eusebio, y así,  
he salido armado aquí  
de la cabeza a los pies.  
Dicho y hecho. ¡El es, pardiez!;  
no topo, lleno de miedo,  
donde estar seguro puedo;  
sin alma quedo. Esta vez

no me ha visto; yo quisiera  
esconderme hacia este lado  
mientras pasa; yo he tomado  
por guarda una cambronera  
para esconderme. ¡No es nada!  
Tanta púa es la más chica.  
¡Pléguete, Cristo!, más pica  
que perder una trocada,  
más que sentir un desprecio  
de una dama Fierabrás,  
que a todos admite, y más  
que tener celos de un necio.  
(Sale EUSEBIO).

EUSEBIO No sé adónde podré ir;  
larga vida un triste tiene,  
que nunca la muerte viene  
a quien le cansa el vivir.

Julia, yo me vi en tus brazos  
cuando tan dichoso era,  
que de tus brazos pudiera  
hacer amor nuevos lazos.

Sin gozar al fin dejé  
la gloria que no tenía;  
mas no fue la causa mía,  
causa más secreta fue,  
pues teniendo mi albedrío,  
superior efecto ha hecho  
que yo respete en tu pecho  
la cruz que tengo en el mío.

Y pues con ella los dos,  
¡ay, Julia!, habemos nacido,  
secreto misterio ha sido  
que lo entiende sólo Dios.

GIL (Aparte). Mucho pica, ya no puedo  
más sufrillo.

EUSEBIO Entre estos ramos  
hay gente. ¿Quién va?

GIL (Aparte). Aquí  
echamos

a perder todo el enredo.

EUSEBIO (Aparte). Un hombre a un árbol atado  
y una cruz al cuello tiene;  
cumplir mi voto conviene  
en el suelo arrodillado.

GIL ¿A quién, Eusebio, enderezas  
la oración o de qué tratas?  
Si me adoras, ¿qué me atas?;

si me atas, ¿qué me rezas?

EUSEBIO ¿Quién es?

GIL ¿A Gil no conoces?

Desde que con el recado  
aquí me dejaste atado,  
no han aprovechado voces  
para que alguien (¡qué rigor!)  
me llegase a desatar.

EUSEBIO Pues no es aquéste el lugar  
donde te dejé.

GIL Señor,  
es verdad; mas yo, que vi  
que nadie llegaba, he andado  
de árbol en árbol atado  
hasta haber llegado aquí.

Aquésta la causa fue  
de suceso tan extraño.

EUSEBIO Este es simple, y de mi daño  
cualquier suceso sabré. (Desátale).

Gil, yo te tengo afición  
desde que otra vez hablamos,  
y así quiero que seamos  
amigos.

GIL Tiene razón,  
y quisiera, pues nos vemos  
tan amigos, no ir allá,  
sino andarme por acá,  
pues aquí todos seremos  
buñoleros, que diz que es  
holgada vida, y no andar  
todo el año a trabajar.

EUSEBIO Quédate conmigo, pues.

(Salen RICARDO y BANDOLEROS y traen a JULIA, vestida de  
hombre y cubierto el rostro).

RICARDO En lo bajo del camino  
que esta montaña atraviesa,  
ahora hicimos una presa  
que, según es, imagino  
que te dé gusto.

EUSEBIO Está bien;  
luego della trataremos.

Sabe agora que tenemos  
un nuevo soldado.

RICARDO ¿Quién?

GIL Gil. ¿No me ve?

EUSEBIO Este villano,  
aunque le veis inocente,

conoce notablemente  
desta tierra monte y llano,  
y en él será nuestra guía;  
fuera desto, al campo irá  
del enemigo y será  
en él mi perdida espía.  
Arcabuz le podéis dar  
y un vestido.

CELIO Ya está aquí.

GIL (Aparte). Tengan lástima de mí,  
que me quedo a bandolear.

EUSEBIO ¿Quién es ese gentilhombre  
que el rostro encubre?

RICARDO No ha sido  
posible que haya querido  
decir la patria y el nombre,  
porque al capitán no más  
dice que lo ha de decir.

RICARDO Bien te puedes descubrir,  
pues ya en mi presencia estás.

JULIA ¿Sois el capitán?

EUSEBIO Sí.

JULIA (Aparte). ¡Ay, Dios!

EUSEBIO Dime quién eres y a qué  
viniste.

JULIA Yo lo diré  
estando solos los dos.

EUSEBIO Retiraos todos un poco. (Vanse).

Ya estás a solas conmigo;  
sólo árboles y flores  
pueden ser mudos testigos  
de tus voces; quita el velo  
con que cubierto has traído  
el rostro. Dime, ¿quién eres?  
¿Dónde vas? ¿Qué has pretendido?  
Habla.

JULIA (Saca la espada). Por que de una vez  
sepas a lo que he venido  
y quién soy, saca la espada,  
pues desta manera digo  
que soy quien viene a matarte.

EUSEBIO Con la defensa resisto  
tu osadía y mi temor,  
porque mayor había sido  
de la acción que de la voz.

JULIA Riñe, cobarde, conmigo  
y verás que con tu muerte

vida y confusión te quito.  
EUSEBIO Yo, por defenderme más  
que por ofenderte, riño,  
que ya tu vida me importa,  
pues si en este desafío  
te mato, no sé por qué,  
y si me matas, lo mismo.  
Descúbrete ahora, pues,  
si te agrada.

JULIA Bien has dicho,  
porque en venganzas de honor,  
si no es que conste el castigo  
al que fue ofensor, no queda  
satisfecho el ofendido. (Descúbrese).  
¿Conócesme? ¿Qué te espantas?  
¡Qué me miras?

EUSEBIO Que rendido  
a la verdad y a la duda  
en confusos desvaríos,  
me espanto de lo que veo,  
me asombro de lo que miro.

JULIA Ya me has visto.

EUSEBIO Sí, y de verte  
mi confusión ha crecido  
tanto, que si antes de agora  
alterados mis sentidos  
desearon verte, ya  
desengañados, lo mismo  
que dieran antes por verte  
dieran por no haberte visto.  
¿Tú, Julia, tú en este monte?  
¿Tú con profano vestido,  
dos veces violento en ti?  
¿Cómo sola aquí has venido?  
¿Qué es esto?

JULIA Desprecios tuyos  
son y desengaños míos.  
Y por que veas que es flecha  
disparada, ardiente tiro,  
veloz rayo, una mujer  
que corre tras su apetito,  
no sólo me han dado gusto  
los pecados cometidos  
hasta agora, mas también  
me lo dan si los repito.  
Salí del convento, fui  
al monte, y porque me dijo



un pastor que mal guiada  
iba por aquel camino,  
neciamente temerosa,  
por evitar mi peligro,  
le aseguré y le di muerte,  
siendo instrumento un cuchillo  
que en la petrina traía.  
Con éste, que fue ministro  
de la muerte, a un caminante  
que cortésmente previno  
en las ancas del caballo  
a tanto cansancio alivio,  
a la vista de una aldea,  
porque entrar en ella quiso,  
huyendo al poblado paga  
con la muerte el beneficio.  
Tres días fueron y tres noches  
los que aquel desierto me hizo  
mesa de silvestres plantas,  
lecho de peñascos fríos.  
Llegué a una pobre cabaña,  
a cuyo techo pajizo  
juzgué pabellón dorado  
en la paz de mis sentidos  
Liberal huésped fue  
una serrana conmigo,  
compitiendo en los deseos  
con el pastor su marido.  
A la hambre y al cansancio  
dejé en su albergue vendidos  
con buena mesa; aunque pobre,  
manjar; aunque humilde, limpio.  
Pero al despedirme dellos,  
habiendo antes prevenido  
que al buscarme no pudiesen  
decir: «Nosotros la vimos»;  
al cortés pastor, que al monte  
salió a enseñarme el camino,  
maté, y entré donde luego  
hago en su mujer lo mismo.  
Mas considerando entonces  
que en este vestido mío  
mi pesquisidor llevaba,  
mudármele determino.  
Al fin, pues, por varios casos,  
con las armas y el vestido  
de un cazador, cuyo sueño,

no imagen, trasunto vivo,  
fue de la muerte, llegué  
aquí, venciendo peligros,  
despreciando inconvenientes  
y atropellando designios.

EUSEBIO Con tanto asombro te escucho,  
con tanto temor te miro,  
que eres al oído encanto  
si a la vista basilisco.

Julia, yo no te desprecio;  
pero temo los peligros  
con que el cielo me amenaza,  
y por eso me retiro.

Vuélvete tú a tu convento,  
que yo temeroso vivo  
de esa cruz tanto, que huyo  
de ti. Mas, ¿qué es este ruido?

(Salen los BANDOLEROS).

RICARDO Preven, señor, la defensa,  
que, apartados del camino,  
al monte Curcio y su gente  
en busca tuya han salido.

De todas esas aldeas  
tanto el número ha crecido,  
que han venido contra ti  
viejos, mujeres y niños,  
diciendo que han de vengar  
en tu sangre la de un hijo  
muerto a tus manos, y juran  
de llevarte por castigo  
o por venganza de tantos  
preso a Sena, muerto o vivo.

EUSEBIO Julia, después hablaremos.

Cubre el rostro y ven conmigo,  
que no es bien que en poder quedas  
de tu padre, tu enemigo.

Soldados, éste es el día  
de mostrar aliento y brío.  
Por que ninguno desmaye,  
considere que atrevidos  
vienen a darnos la muerte  
o a prendernos, que es lo mismo,  
y si no, en pública cárcel  
de desdichas perseguidos  
y sin honras nos veremos;  
pues si esto hemos conocido,  
por la vida y por la honra,

¿quién temió el mayor peligro?

No piensen que los tememos,  
salgamos a recibirlos,  
que siempre está la fortuna  
de parte del atrevido.

RICARDO No hay que salir, que ya llegan  
a nosotros.

EUSEBIO Preveníos,  
y ninguno sea cobarde,  
que, ¡vive el cielo!, si miro  
huir alguno o retirarse,  
que he de ensangrentar los filos  
de aqueste acero en su pecho  
primero que en mi enemigo.

CURCIO (Dentro). En lo encubierto del monte  
el traidor Eusebio he visto  
y para inútil defensa  
hace murallas sus riscos.

OTRO (Dentro). Ya entre las espesas ramas  
desde aquí los descubrimos.

JULIA ¡A ellos!

EUSEBIO Esperad, villanos,  
que, ¡vive Dios!, que teñidos  
con vuestra sangre los campos  
han de ser ondosos ríos.

RICARDO De los cobardes villanos  
es el número excesivo.

CURCIO (Dentro). ¿Adónde, Eusebio, te escondes?

EUSEBIO No escondo, que ya te sigo.

Otro lado del monte. Una cruz de piedra.

(Ruido dentro y sale JULIA).

JULIA Del monte que yo he buscado  
apenas las yerbas piso,  
cuando horribles voces oigo,  
marciales campanas miro.

De la pólvora los ecos  
y del acero los filos,  
unos ofenden la vista  
y otros turban el oído.

Mas ¿qué es aquello que veo?

Desbaratado y vencido  
todo el escuadrón de Eusebio  
le deja ya el enemigo.

Quiero volver a juntar  
toda la gente que ha habido  
de Eusebio y volver a darles  
favor, que si los animo,

seré en su defensa asombro  
del mundo, seré cuchillo  
de la parca, estrago fiero  
de sus vidas, vengativo  
espanto de los futuros  
y admiración destos siglos.

(Vase y sale GIL de bandolero).

GIL Por estar seguro, apenas  
fui bandolero novicio,  
cuando por ser bandolero  
me veo en tanto peligro.  
Cuando yo era labrador  
eran ellos los vencidos,  
y hoy, porque soy de la carda,  
va sucediendo lo mismo.

Sin ser avariento traigo  
la desventura conmigo,  
pues tan desgraciado soy,  
que mil veces imagino  
que, a ser yo judío, fueran  
desgraciados los judíos.

(Salen MENGA y BLAS y otros VILLANOS).

MENGA ¡A ellos, que van huyendo!

BLAS No ha de quedar uno vivo  
tan solamente.

MENGA Hacia aquí  
uno de ellos se ha escondido.

BLAS Muera este ladrón.

GIL Mirad,  
que soy yo.

MENGA Ya nos ha dicho  
el traje que es bandolero.

GIL El traje les ha mentido  
como muy grande bellaco.

MENGA Dale tú.

BLAS Pégale, digo.

GIL Bien dado estoy y pegado.  
Advertid...

MENGA No hay que advertirnos.  
Bandolero sois.

GIL Mirad,  
que soy Gil, votado a Cristo.

MENGA ¿Pues no hablaras antes, Gil?

BLAS Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho?

GIL ¿Qué más antes, si el yo soy  
os dije desde un principio?

MENGA ¿Qué haces aquí?

GIL ¿No lo ves?

Ofendo a Dios en el quinto:  
mato solo más que juntos  
un médico y un estío.

MENGA ¿Qué traje es éste?

GIL Es el diablo.

Maté a uno y su vestido  
me puse.

MENGA ¿Pues cómo, di,  
no está de sangre teñido  
si le mataste?

GIL Eso es fácil:

murió de miedo; ésta ha sido  
la causa.

MENGA Ven con nosotros,  
que victoriosos seguimos  
los bandoleros, que agora  
cobardes nos han huido.

GIL No más vestido, aunque vaya  
titiritando de frío.

(Vanse y sale EUSEBIO y CURCIO, peleando).

CURCIO Ya estamos solos los dos,  
gracias al cielo, que quiso  
dar la venganza a mi mano  
hoy, sin haber remitido  
a las ajenas mi agravio  
ni tu muerte ajenos filos.

EUSEBIO No ha sido en esta ocasión  
airado el cielo conmigo,  
Curcio, en haberte encontrado,  
porque si tu pecho vino  
ofendido, volverá  
castigado y ofendido.

Aunque no sé qué respeto  
has puesto en mí, que he temido  
más tu enojo que tu acero,  
y aunque pudieran tus bríos  
darme temor, sólo temo  
cuando aquesas canas miro,  
que me hacen cobarde.

CURCIO Eusebio,  
yo confieso que has podido  
templar en mí de la ira  
con que agraviado te miro  
gran parte; pero no quiero  
que pienses inadvertido  
que te dan temor mis canas

cuando puede el valor mío.  
Vuelve a reñir, que una estrella  
o algún favorable signo  
no es bastante a que yo pierda  
la venganza que consigo  
vuelve a reñir.

EUSEBIO ¿Yo temor?  
Neciamente has presumido  
que es temor lo que es respeto,  
aunque, si verdad te digo,  
la victoria que deseo  
es, a tus plantas rendido,  
pedirte perdón, y a ellas  
pongo la espada que ha sido  
temor de tantos.

CURCIO Eusebio,  
no has de pensar que me animo  
a matarte con ventaja,  
Esta es mi espada. (Ap. Así quito la ocasión de darle  
muerte).

Ven a los brazos conmigo.  
(Abrázanse y luchan).

EUSEBIO No sé qué efecto has hecho  
en mí, que el corazón dentro del pecho,  
a pesar de venganzas y de enojos,  
en lágrimas se asoma por los ojos,  
y en confusión tan fuerte,  
quisiera, por vengarte, darme muerte.

Véngate en mí: rendida  
a tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO El acero de un noble, aunque ofendido,  
no se mancha en la sangre de un rendido;  
que quita grande parte de la gloria  
el que con sangre borra la victoria.

VOCES (Dentro). Hacia aquí están.

CURCIO Mi gente victoriosa  
viene a buscarme, cuando temerosa  
la tuya vuelve huyendo.

Darte vida pretendo;  
escóndete, que en vano  
defenderé el enojo vengativo  
de un escuadrón villano;  
y, solo tú, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO Yo, Curcio, nunca huyo  
de otro poder, aunque he temido el tuyo.  
Que si mi mano aquesta espada cobra,  
verás cuánto valor en ti me falta,

que en tu gente me sobra.

(Salen todos).

OCTAVIO Desde el más hondo valle a la más alta  
cumbre de aqueste monte, no ha quedado  
alguno vivo; sólo se ha escapado  
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO Mientes, que Eusebio nunca fue cobarde.

TODOS ¿Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO ¡Llegad, villanos!

CURCIO ¡Tente, Octavio,  
espera!

OCTAVIO ¿Pues tú, señor, que habías  
de animarnos, agora desconfías?

BLAS ¿Un hombre amparas que en tu sangre y honra  
introdujo el acero y la deshonra?

GIL ¿A un hombre que, atrevido,  
toda aquesta montaña ha destruido?

A quien en el aldea no ha dejado  
melón doncella a que él no haya catado  
y a quien tantos ha muerto,  
¿cómo así lo defiendes?

OCTAVIO ¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pretendes?

CURCIO Esperad, escuchad (¡triste suceso!);

¿cuánto es mejor que a Sena vaya preso?

Date a prisión, Eusebio; que prometo,  
y como noble juro, de ampararte,  
siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEBIO Como a Curcio no más, yo me rindiera;  
mas como a juez, no puedo;  
porque aquél es respeto, y esto es miedo.

OCTAVIO ¡Muera Eusebio!

CURCIO Advertid...

OCTAVIO

Pues qué, ¿tú quieres  
defenderle? ¿A la patria traidor eres?

CURCIO ¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,  
perdona, Eusebio, porque yo el primero  
tengo de ser en darte triste muerte.

EUSEBIO Quítate de delante,  
señor, por que tu vista no me espante,  
que viéndote, no dudo  
que te tenga tu gente por escudo.

(Vanse peleando adentro).

CURCIO Apretándole van. ¡Oh, quién pudiera  
darte agora la vida,

Eusebio, aunque la suya misma diera!

En el monte se ha entrado,

por mil partes herido;  
retirándose, baja despeñado  
al valle. Voy volando,  
que aquella sangre fría  
que con tímida voz me está llamando,  
algo tiene de mía;  
que sangre que no fuera  
propia, no me llamara ni la oyera.  
(Vase CURCIO y baja despeñado EUSEBIO).

EUSEBIO Cuando de la vida incierto  
me despeña la más alta  
cumbre, veo que me falta  
tierra donde caiga muerto;  
pero si mi culpa advierto,  
al alma reconocida,  
no el ver la vida perdida  
la atormenta, sino el ver  
cómo ha de satisfacer  
tantas culpas una vida.

Ya me vuelve a perseguir  
este escuadrón vengativo,  
pues no puedo quedar vivo,  
he de matar o morir,  
aunque mejor será ir  
donde al cielo perdón pida;  
pero mis pasos impida  
la cruz, por que desta suerte  
ellos me den breve muerte  
y ella me dé eterna vida.

Arbol donde el cielo quiso  
dar el fruto verdadero  
contra el bocado primero,  
flor del nuevo paraíso,  
arco de luz cuyo aviso  
en piélago más profundo  
la paz publicó del mundo;  
planta hermosa, fértil vid,  
arpa del nuevo David,  
tabla de Moisés segundo:  
pecador soy, tus favores  
pido por justicia yo,  
pues Dios en ti padeció  
sólo por los pecadores.

A mí me debes tus loores,  
que por mí sólo muriera  
Dios si más mundo no hubiera;  
luego eres tú cruz por mí,



que Dios no muriera en ti  
si yo pecador no fuera.  
Mi natural devoción  
siempre os pidió con fe tanta  
no permitieseis, cruz santa,  
muriese sin confesión.  
No seré el primer ladrón  
que en vos se confiase a Dios.  
Y pues que ya somos dos  
y yo no lo he de negar,  
tampoco me ha de faltar  
redención que se obró en vos.  
Lisardo, cuando en mis brazos  
pude ofendido matarte,  
lugar di de confesarte,  
antes que en tan breves plazos  
se desatasen los lazos  
mortales. Y agora advierto  
en aquel viejo, aunque muerto:  
piedad de los dos aguardo.  
¡Mira que muero, Lisardo;  
mira que te llamo, Alberto!  
(Sale CURCIO).

CURCIO Hacia aquesta parte está.  
EUSEBIO Si es que venís a matarme,  
muy poco haréis en quitarme  
vida que no tengo ya.  
CURCIO ¿Qué bronce no ablandará  
tanta sangre derramada?  
Eusebio, rinde la espada.  
EUSEBIO ¿A quién?  
CURCIO A Curcio.  
EUSEBIO Esta es.  
(Dásela).

Y yo también a tus pies  
de aquella ofensa pasada  
te pido perdón. No puedo  
hablar más, porque una herida  
quita el aliento a la vida,  
cubriendo de horror y miedo  
al alma.  
CURCIO Confuso quedo.  
¿Será en ella de provecho  
remedio humano?  
EUSEBIO Sospecho  
que la mejor medicina  
para el alma es la divina.

CURCIO ¿Dónde es la herida,  
EUSEBIO En el pecho.  
CURCIO Déjame poner en ella  
la mano, a ver si resiste  
el aliento. ¡Ay de mí, triste!  
(Registra la herida y ve la cruz).  
¿Qué señal divina y bella  
es esta que al conocella  
toda el alma se turbó?  
EUSEBIO Son las armas que me dio  
esta cruz, a cuyo pie  
nací, porque más no sé  
de mi nacimiento yo.  
Mi padre, a quien no señalo,  
aun la cuna me negó,  
que sin duda imaginó  
que había de ser tan malo.  
Aquí nací.  
CURCIO Y aquí igualo  
el dolor con el contento,  
con el gusto el sentimiento,  
efectos de un hado impío  
y agradable. ¡Ay, hijo mío!,  
pena y gloria en verte sientos.  
Tú eres, Eusebio, mi hijo,  
si tantas señas advierto,  
que para llorarte muerto  
ya justamente me aflijo.  
De tus razones colijo  
lo que el alma adivinó.  
Tu madre aquí te dejó,  
en el lugar que te he hallado;  
donde cometí el pecado  
el cielo me castigó.  
Ya aqieste lugar previene  
información de mi error;  
pero, ¿cuál seña es mayor  
que aquesta cruz, que conviene  
con otra que Julia tiene?  
Que no sin misterio el cielo  
os señaló por que al suelo  
fuerais prodigio los dos.  
EUSEBIO No puedo hablar, padre, ¡adiós!,  
porque ya de un mortal velo  
se cubre el cuerpo y la muerte  
niega, pasando veloz,  
para responderte voz,

vida para conocerte  
y alma para obedecer.

Ya llega el golpe más fuerte,  
ya llega el trance más cierto.

¡Alberto!

CURCIO ¡Que lllore muerto  
a quien aborrecí vivo!...

EUSEBIO ¡Ven, Alberto!

CURCIO ¡Oh, trance esquivo!

¡Guerra injusta!

EUSEBIO ¡Alberto! ¡Alberto!

(Muere).

CURCIO Ya el golpe más violento  
rindió el último aliento;  
paguen mis blancas canas  
tanto dolor.

(Tírase de las barbas y sale BLAS).

BLAS Ya son tus quejas vanas.

¿Cuándo puso inconstante la fortuna  
en tu valor extremos?

CURCIO En ninguna  
llegó el rigor a tanto.

Abranse mis enojos  
este monte con llanto,  
puesto que es fuego el llanto de mis ojos.

¡Oh triste estrella! ¡Oh rigurosa suerte!

¡Oh atrevido dolor!

(Sale OCTAVIO).

OCTAVIO Hoy, Curcio,  
advierte

la fortuna en los males de tu estado,  
cuantos puede sufrir un desdichado.

El cielo sabe cuánto hablarte siento.

CURCIO ¿Qué ha sido?

OCTAVIO Julia falta del convento.

CURCIO El mismo pensamiento, di, ¿pudiera  
con el discurso hallar pena tan fiera,  
que es mi desdicha airada,  
sucedida, mayor que imaginada?

Este cadáver frío,  
este que ves, Octavio, es hijo mío;  
mira si basta en confusión tan fuerte,  
cualquiera pena destas, a una muerte.

Dadme paciencia, cielos,  
o quitadme la vida,  
agora perseguida  
de tormentos tan fieros.

(Salen GIL y VILLANOS).

GIL ¡Señor!

CURCIO ¿Hay más dolor?

GIL Los

bandoleros,

que huyeron, castigados,

en busca tuya vuelven, animados

de un demonio de hombre,

que encubre dellos mismos rostro y nombre.

CURCIO Agora que mis penas fueron tales,

que son lisonjas los mayores males.

El cuerpo se retire lastimoso

de Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso,

vuelto en cenizas, ve mi desventura.

TIRSO ¿Pues cómo piensas darle sepultura

tú en un lugar sagrado

a un hombre que murió descomulgado?

BLAS Quien desta suerte ha muerto,

digno sepulcro sea este desierto.

CURCIO ¡Oh, villana venganza!

¿Tanto poder en ti la ofensa alcanza,

que pasas desta suerte

los últimos umbrales de la muerte? (Vase CURCIO  
llorando).

BLAS Sea, en penas tan graves,

su sepulcro las fieras y las aves.

OTRO Del monte despeñado

caiga por más rigor despedazado.

TIRSO Mejor es darle agora

rústica sepultura entre estos ramos.

(Colocan entre las ramas el cuerpo de EUSEBIO).

Pues ya la noche baja,

envuelta en esa lóbrega mortaja,

aquí en el monte, Gil, con él te queda,

por que sola tu voz avisar pueda,

si algunas gentes vienen

de las que huyeron. (Vanse).

GIL ¡Linda flema tienen!

A Eusebio han enterrado

allí y a mí aquí solo me han dejado.

Señor Eusebio, acuérdesese, le digo,

que un tiempo fui su amigo.

¿Mas qué es esto? O me engaña mi deseo

o mil personas a esta parte veo.

(Sale ALBERTO).

ALBERTO Viniendo agora de Roma,

con la muda suspensión

de la noche, en este monte  
perdido otra vez estoy.  
Aquesta es la parte adonde  
la vida Eusebio me dio,  
y de sus soldados temo,  
que en grande peligro estoy.  
EUSEBIO ¡Alberto!

ALBERTO ¿Qué aliento es éste  
de una temerosa voz  
que repitiendo mi nombre  
en mis oídos sonó?

EUSEBIO ¡Alberto!  
ALBERTO Otra vez pronuncia  
mi nombre, y me pareció  
que es a esta parte; yo quiero  
ir llegando.

GIL ¡Santo Dios!  
Eusebio es, y ya es mi miedo  
de los miedos el mayor.

EUSEBIO ¡Alberto!  
ALBERTO Más cerca suena.  
Voz que discurre veloz  
el viento y mi nombre dice,  
¿quién eres?

EUSEBIO Eusebio soy;  
llega, Alberto, hacia esta parte,  
adonde enterrado estoy;  
llega y levanta estos ramos.  
No temas.

ALBERTO (Descúbrele). No temo yo.

GIL Yo, sí.

ALBERTO Ya estás descubierto.

Dime, de parte de Dios,  
¿qué me quieres?

EUSEBIO De su parte,  
mi fe, Alberto, te llamó  
para que antes de morir  
me oyese de confesión.

Rato ha que hubiera muerto;  
pero libre se quedó  
del espíritu el cadáver,  
que de la muerte el feroz  
golpe le privó del uso,  
pero no le dividió. (Levántase).

Ven adonde mis pecados  
confiese, Alberto, que son  
más que del mar las arenas

y los átomos del sol.

¡Tanto con el cielo puede  
de la cruz la devoción!

ALBERTO Pues yo cuantas penitencias  
hice hasta agora te doy,  
para que en tu culpa sirvan  
de alguna satisfacción.

(Vanse y salen por otra parte JULIA y BANDOLEROS).

GIL ¡Por Dios, que va por su pie!

Y para verlo mejor,  
el sol descubre sus rayos.

A decirlo a todos voy.

JULIA Agora que descuidados  
la victoria los dejó  
entre los brazos del sueño,  
nos dan bastante ocasión.

OCTAVIO Si has de salirles al paso  
por esta parte es mejor,  
que ellos vienen por aquí.

(Salen todos y CURCIO).

CURCIO Sin duda que inmortal soy  
en los males que me matan,  
pues no me ha muerto el dolor.

GIL A todas partes hay gente;

sepan todos de mi voz  
el más admirable caso  
que jamás el mundo vio.

De donde enterrado estaba

Eusebio se levantó,  
llamando a un clérigo a voces.

Mas ¿para qué os cuento yo  
lo que todos podéis ver?

Mirad con la devoción  
que está puesto de rodillas.

(Descúbrese a EUSEBIO de rodillas y ALBERTO  
confesándole).

CURCIO ¡Mi hijo es! Divino Dios,  
¿qué maravillas son éstas?

JULIA ¿Quién vio prodigio mayor?

CURCIO Así como el santo anciano  
hizo de la absolución  
la forma, segunda vez  
muerto a sus plantas cayó.

(Acércase ALBERTO).

ALBERTO Entre sus grandezas tantas,  
sepa el mundo la mayor  
maravilla de las tuyas,

porque la ensalce mi voz.  
Eusebio, después de muerto,  
el cielo depositó  
su espíritu en su cadáver  
hasta que se confesó,  
que tanto con Dios alcanza  
de la cruz la devoción.

CURCIO ¡Ay, hijo del alma mía!  
No fue desdichado, no,  
quien en su trágica muerte  
tantas glorias mereció.  
Así Julia conociera  
sus culpas.

JULIA ¡Válgame Dios!  
¿Qué es lo que estoy escuchando?  
¿Qué prodigio es éste? ¿Yo  
soy la que a Eusebio pretende  
y hermana de Eusebio soy?  
Pues sepan Curcio y el mundo  
y sepan ya todos hoy  
mis graves culpas: yo misma,  
asombrada de mi error,  
daré voces; sepan todos  
cuantos hoy viven que yo  
soy Julia, en número infame  
de las malas la peor.  
Mas ya que ha sido común  
mi pecado, desde hoy  
lo será mi penitencia;  
y pidiéndole perdón  
al mundo del mal ejemplo,  
de la mala vida a Dios.

CURCIO ¡Oh asombro de las maldades!  
Con mis propias manos hoy  
te mataré, por que sea  
tu vida y tu muerte atroz.

JULIA Valedme vos, cruz divina,  
que yo mi palabra os doy  
de volverme a mi convento  
y hacer nueva vida. ¡Adiós!

ALBERTO ¡Gran milagro!

CURCIO Y con el fin  
de tan grande admiración,  
«La devoción de la cruz»  
da felice fin su autor.

(Vase JULIA a lo alto, asida de la cruz que está en el  
sepulcro de EUSEBIO).

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

